

a sus últimas consecuencias —sin salirse del estilo “glissante” de toda la obra— las actitudes constatadas anteriormente.

El libro conlleva un intento moralizante, sirve, si se me permite la expresión, para no perder la memoria, o, si se quiere, para poner las barbas en remojo. Pero este intento ético no carece de atisbos metafísicos. La frase conclusiva del libro así lo muestra: “Se puede decir que una auténtica y válida antropología no puede eludir el hecho de que el hombre es incapaz de establecer buenas relaciones con sus semejantes, y por lo tanto de construir una verdadera civilización, si primero no toma conciencia de su propia condición de creatura y no procura estar en paz, en primer término, consigo mismo, con su propia conciencia” (180).

Se trata, en definitiva, de un libro de divulgación, simple, pero con una arquitectura sólida, bien fijada, que no requiere del lector exquisitos aprestos metafísicos, o una ilustración fuera de lo común para ser comprendido y valorado. Al mismo tiempo su claridad es una buena orientadora.

DANIEL GAMARRA

DOROTHEE SOLLE, *Sufrimiento*, Ed. Sígueme, Salamanca, 1978, 180 pp.

“¿Es posible integrar las múltiples formas del sufrimiento en un proceso educativo que dure toda la vida? ¿Cómo distinguir el sufrimiento que hace ciegos y sordos, que nos deja mutilados, del sufrimiento que resulta productivo para nosotros?” (pág. 9), pregunta la autora al comienzo de su obra, y alrededor de esta interrogación gira toda la problemática.

En los capítulos 1 y 2 comienza haciendo una crítica del masoquismo cristiano, de esa sumisión incondicional al sufrimiento y de lo que llama apatía postcristiana, consistente en un cristianismo insensible al dolor, a los problemas sociales y políticos.

Habla en el capítulo 3 de las fases del dolor: el sufrimiento mudo, sumiso; la queja, que implica aceptación y superación en estructuras previamente establecidas, y finalmente el cambio, que supone aceptación y superación de la impotencia en estructuras cambiadas.

Se refiere en el capítulo 4 a la aceptación del sufrimiento, actitud que según Solle está bajo una doble sospecha ideológica. Así, desde el punto de vista individual aparece como un masoquismo y desde el punto de vista social como una afirmación que consolida los estados injustos.

En el capítulo 5 habla del aprendizaje por medio del sufrimiento, estableciendo que podemos lograr por el dolor, un amor más grande a todo cuanto existe, pero que no es necesario que remitamos a Dios este cambio que opera el sufrimiento, ya que el cristianismo es una religión libre de sufrimiento en un mundo también concebido como exento de dolor.

En su último capítulo se refiere al cristianismo como religión de los esclavos, diciendo que no es sólo una actitud religiosa interior, sino también un movimiento político de sublevación, pues en ella se agita toda rebelión interna. Cita además a “El Anticristo”, de Nietzsche, donde dice: “La igualdad de las almas ante Dios, esta falsedad... es dinamita cristiana”.

Llama la atención al terminar la lectura de este libro el lenguaje utilizado por la autora: sadismo-masoquismo, de reminiscencias freudianas, para describir las relaciones del hombre con ese Dios que pinta con colores tan terribles a lo largo de la obra; así como sorprenden también las extemporáneas citas que hace de Marx.

El problema está situado en la rebelión de la autora contra la concepción protestante del pecado y, por lo tanto, del sufrimiento. Así, desde esta concepción Sölle critica lo que llama el masoquismo cristiano, o sea, la resignación ante el dolor, y, por otra, el sadismo teológico, que basa en estos tres puntos: Dios omnipotente impone todo sufrimiento, Dios actúa en forma justa y todo sufrimiento es un castigo por los pecados.

Desde nuestra concepción católica la visión es distinta. Si bien el pecado va unido al dolor, un cristiano debe ser un hombre que asuma el sufrimiento con alegría y caridad, pues éste lo purifica del pecado. Así el dolor se convierte en medio de Resurrección.

También se refiere a la apatía frente al dolor; cita casos de miserias del llamado tercer mundo y de la guerra del Vietnam. Y, como contrapartida, presenta la figura de Simone Weil, quien reacciona frente al dolor ajeno, queriendo compartirlo hasta la propia muerte.

Pero surge un interrogante: ¿habrá gritado Sölle tan estentóreamente contra el asesinato masivo que se realiza sistemáticamente en Vietnam en nuestros días? ¿Habrà tenido en cuenta que esta matanza fue ordenada por el régimen de Hanoi, a la que llama patéticamente "capital de la dignidad humana"?

TERESA VILGRÉ-LE MADRID

OCTAVIO NICOLAS DERISI, *Esencia y Vida de la Persona Humana*, EUDEBA, Buenos Aires, 199, 212 pp. *

La obra comienza con la presentación de la noción metafísica de la persona como "substancia completa subsistente espiritual" (p.: 23), subrayando su nota específica, que es la espiritualidad. Sobre este fundamento se desarrollan los capítulos sucesivos, que tratan del ámbito espiritual de la persona, de su nobleza y grandeza como imagen de Dios. Está expuesta con claridad la relación entre persona y cultura, o sea, el mundo humano que la persona crea en torno a sí misma.

Luego el horizonte se va ampliando progresivamente: toca los problemas del orden moral, del derecho y de la sociedad en una bella síntesis unitaria. Está muy bien expuesto y con claridad que "el orden moral se funda en el Fin divino del hombre" (p. 90). Sobre esta ordenación del hombre hacia Dios —Verdad, Bondad y Belleza infinitas— se fundan todas las obligaciones morales; sobre ellas se funda después el derecho natural. Porque, si es obligatorio cumplir determinados actos, tenemos, por consiguiente, también el derecho para poder cumplirlos. El derecho natural funda después, a su vez, el derecho

* Aparecido en *La Civiltà Cattolica*, Roma, 16 de febrero de 1980.